

sage de sus escritos: uno lee un soneto; el otro declama una escena trágica; otro lee la crítica de una comedia; y el cuarto, leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Todo esto era tolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, en qué nos vimos para ponerlos en paz. Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance.—Y bien, le dije, amigo, ¿me elogiareis todavía á vuestros convidados? A fé mia que me habeis traído unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores.—Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.



CAPÍTULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte: del encargo que le dió el conde de Lemos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.



UEGO que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con escusas, ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad, voy á contar cómo traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de gran mérito; pero que necesitaba empleo para subsistir.—No dudo, añadió José, que, siendo vd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle.—Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vd. mi vivo agradecimiento á cuanto vd. ha hecho por mí: me basta que vd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de vd.

tendrá el empleo que desea: cuente vd. con ello. Este es asunto mio y no de vd.

Con estas espresiones José se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, su recomendado se quedó sin empleo, porque lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi gaveta. Preferí tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, á quien con un modo pesaroso dije cuando nos volvimos á ver:—¡Ah! mi amado Navarro, vd. me habló tarde. Calderon se me anticipó á dar el empleo que vd. sabe. Siento en extremo no dar á vd. mejor noticia.

José me creyó de buena fé, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á parecer por mi casa. En vez de sentir algunos remordimientos de haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debía, quedé muy contento. Además de que ya me pesaban los favores que me habia hecho, no me parecia conveniente tratar con reposteros en la categoría en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Lémos, de quien hace tiempo no he hablado, y al que visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por orden del duque su tío, del dinero que yo tenia de S. E. En este dia fué cuando el conde quiso tener una larga conversacion conmigo, en la cual me manifestó que al fin habia logrado su intento, y que enteramente gozaba del favor del príncipe de España de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, para el cual ya me tenia destinado. —Amigo Santillana, me dijo, vamos, manos á la obra. No dejéis de hacer cuanto podáis para descubrir alguna beldad, digna de divertir á este príncipe galan. Entendimiento teneis: nada mas os digo. Id, corred, investigad, y cuando háyaís descubierto una cosa buena, decídmelo. Ofrecí al conde no omitir diligencia, para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy difícil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado á este género de averiguaciones; pero no dudaba que Escipion seria tambien admirable para el caso. Luego que volví á casa le llamé y le dije á solas:—Hijo mio, tengo que hacer un encargo importante. En medio de tanto como sabes me favorece la fortuna, conozco que me falta alguna cosa. Fácilmente adivino lo que es, interrumpió sin dejarme acabar lo que queria decirle; vd. necesita una ninfa agradable, que le distraiga un poco y le divierta; y en efecto, es de maravillar que vd. en la flor de sus dias no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella.—Admiro tu perspicacia, le dije sonriéndome. Sí, amigo mio, necesito una dama; pero la quiero venida



de tu mano; mas advierte que soy muy delicado en este negocio: quiero una persona linda, y que no tenga malas costumbres.—Lo que vd. desea, interrumpió Escipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estamos, á Dios gracias, en un pueblo en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que vd. pretende.

Efectivamente, á los tres dias me dijo:—He descubierto un tesoro, una señorita joven llamada Catalina, de buena familia, y de indecible hermosura. Vive á la sombra de una tia suya en una casita en donde subsisten ambas muy decentemente con sus haberes, que no son considerables. La criada que las sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que, aunque no dan entrada á nadie, no seria difícil la hallase un galan rico y espléndido, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche y con todo sigilo. En esta inteligencia, le he pintado á vd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta.—Bravo va el negocio, le respondí; pero temo te engañe la criada.—No, no, replicó, no me dejes yo engañar tan fácilmente: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como vd. la puede desear, es decir una Dánae, de quien vd. puede ser el Júpiter enviando una lluvia de doblones.

Sin embargo de la confianza que tenia de esta clase de hallazgos, no dejé de aceptar éste, y como la criada al dia siguiente avisase á Escipion que podia presentarme aquella misma noche en casa de sus amas, entre once y doce me entré en ella con mucho sigilo. La criada me recibió á oscuras, me cogió de la mano, y me llevó á una sala decente, en donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas, y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron, y me saludaron con tanta finura que me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, aunque todavia de buen parecer, no atrajo mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, que me pareció una diosa; y aunque ecsaminada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia con todo tantas gracias que, añadidas á un rostro atractivo y voluptuoso, ofuscaban y hacian imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos: olvidé que iba como emisario, hablé en mi propio y privado nombre y me manifesté apasionado. La señorita cuyo entendimiento yo juzgaba tres veces mayor de lo que realmente era, tan bien me habia parecido, acabó de enamorarme con sus respuestas. Ya principiaba yo á estar fuera de mí, cuando para moderar la tia mis impulsos tomó la palabra y me dijo:—Señor de Santillana,

voy á hablar á V. S. francamente. Por el mucho bien que me han dicho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el gran favor que le hago en ello; pero no crea V. S. por eso que ha adelantado algo: hasta ahora he criado á mi sobrina con recato, y vos sois, por decirlo así, el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré el mayor gusto en que ella logre este honor: ved si á este precio os conviene, pues á otro no la conseguireis.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el Amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entraren mí mismo, y volviendo de repente á ser fiel agente del conde de Lémos, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía:—Señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la corte, no basta este para merecer á la sin igual Catalina; le tengo reservado un partido mas brillante: la destino para el príncipe de España.—Me parece, respondió la tia friamente, que basta despreciar á mi sobrina, sin que fuera necesario acompañar el desprecio con la burla.—No me burlo, señora, exclamé: hablo sériamente; tengo orden de buscar una persona de mérito á quien pueda honrar con sus visitas secretas el príncipe de España, y en casa de vd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien conocí no le habia desagradado. Sin embargo, creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos:—Aun cuando tomara al pié de la letra lo que V. S. me dice, ha de saber que no soy de carácter que haga vanidad del infame honor de ver á mi sobrina ser dama de un príncipe; mi decoro se ofende con la idea. . . .—¡Qué bendita es vd., le interrumpí, con su virtud! Vd. piensa como una simple aldeana, y se chancea si mira estas cosas con tanto escrupulo: eso es quitarles lo que tienen de bueno: es necesario mirarlas con mejores ojos. Considerad á los piés de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que inmortalice el nombre de su madre con el suyo.

Fingió la tia no saber á qué resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi propuesta; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, aparentó la mayor indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la Señora Mencía, viéndome ya cansado, y en disposicion de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulacion que contenia los artículos siguientes:—*Primero:* Que si por los informes que diese yo al príncipe de las gracias de Catalina, gustaba de ella, y determinaba hacerle una visita

nocturna, seria de mi cargo advertir de ella á las señoras, como igualmente de la noche que eligiese para este efecto. *Segundo:* Que el príncipe habia de entrar en casa de dichas señoras como un galan cualquiera, y acompañado solo de mí y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tia y sobrina: empezaron á tratarme familiarmente, con lo que me aventuré á algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separamos, me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mugeres que los necesitan: al verme salir de allí tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo habia sido mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Lémos tuvo suma alegria cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia apetecerlo. Le hablé de Catalina en tales términos, que le entraron deseos de verla. Le conduje la noche siguiente, y me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dijo á las señoras que no dudaba que el príncipe quedase muy complacido de ver á la señorita que yo le habia elegido, y que ésta por su parte no quedaria descontenta de tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, les ofreció que le conduciria dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche en que habiamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al dia siguiente fuí á dar puntual cuenta de cuanto habia pasado, al duque de Lerma, callando la parte que habia tenido Escipion en el negocio para pasar yo por autor del descubrimiento de Catalina; porque de todo hace uno mérito para con los grandes.

Y así fué que se me dieron gracias de ello.—Señor Gil Blas, me dijo el ministro con aire burlon, me alegro que vd. una á sus demas talentos el de descubrir las hermosuras halagüeñas, y no estrañará que, cuando yo necesite alguna, acuda á vd.—Señor, le respondí en el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si proporcionase esta clase de placeres á V. E., porque hace tanto tiempo que el Señor Don Rodrigo está en posesion de ese empleo, que se le haria una injusticia en despojarle de él. El duque se sonrió de mi respuesta, y mudando de conversacion me preguntó si su sobrino pedia dinero para esta empresa.—Perdonad, le dije, él suplica á V. E. le envíe mil doblones.—Está bien, respondió el ministro, no tienes mas que llevárselos; dile que no los escasee, y que aplauda todos los gastos que el príncipe quiera hacer.



CAPITULO XI.

De la visita secreta y de los regalos que el príncipe hizo á Catalina.



N aquel mismo punto llevé los mil doblones al conde de Lémos.—No podiais venir mas á tiempo, me dijo este señor. He hablado al príncipe, quien ha caido en el lazo, y desea con impaciencia ver á Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de Palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Dícelo así á las señoras, y dáles el dinero que me traes: es necesario manifestarles que el que va á verlas no es un amante comun, fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo, prosiguió, hállate esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche, porque me parece del caso servirnos de él, nos espere á media noche cerca de Palacio.

Me fuí inmediatamente á casa de las señoras, en la que no ví á Catalina, por estar, segun se me dijo, acostada, y solo hablé con la señora Mencía.—Perdone vd., señora, le dije, si vengo de dia á su casa, porque no puedo hacer otra cosa: me es preciso avisar á vd. que el príncipe vendrá aquí esta noche; y reciba vd., añadí entregándole el talego en donde llevaba el dinero, reciba vd. una ofrenda que envia al templo de Citera para que le sean propicias sus deidades. Ya ve vd. que no les he proporcionado una mala conveniencia.—Doy á vd. las gracias, me respondió; pero dígame, Señor de Santillana, si al príncipe le gusta la música.—Con extremo, le contesté: ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un laud tocado con destreza.—Mucho mejor, exclamó ella enagenada de alegría; lo que vd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina tiene la garganta de un ruseñor, tañe maravillosamente el laud, y tambien baila con perfeccion.—¡Vive diez, exclamé, esas son muchas habilidades, tia mia! No necesita tantas una señorita para hacer fortuna: una sola de esas gracias le basta.

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el príncipe solia acostarse. Llegada ésta, dí mis órdenes al cochero, y me reuní al conde de Lémos, quien me dijo que el príncipe, para quedarse solo antes de tiempo, iba á fingir una ligera indisposicion, y aun acostarse, á fin de hacer creer mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se levantaria, y por una puerta falsa tomaria una escalera escusada que iba á dar á los patios. Luego que me enteró de lo que ambos habian concertado,

me apostó en un sitio por donde me aseguró habian de pasar. Duró tanto el poste que comencé á creer que nuestro galan habia tomado otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los príncipes abandonaran estos antojos antes de haberlos satisfecho. En fin, cuando creia que me habian olvidado, se llegaron á mí dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y los conduje á mi coche, en el cual subieron ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarle, y le hice parar á cincuenta pasos de donde vivian las señoras. Dí la mano al príncipe, y á su compañero para ayudarles á bajar, y marchamos á la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos, y volvieron á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas en que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan escasa, que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el cual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la obscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se presentaron en gracioso trage de casa seductoramente descuidado, y con aire tan atractivo, que no se podian mirar sin embelesamiento. Nuestro príncipe, si no hubiera tenido que escoger, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero dió la preferencia, como era razon, á las gracias de la jóven Catalina.

—Y bien, príncipe mio, le dijo el conde, ¿podíamos haber proporcionado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas?—Ambas me embelesan, respondió el príncipe; no pienso sacar libre de aquí mi corazon, pues si faltara la sobrina, no se escaparia de la tia.

Despues de este cumplimiento tan agradable para una tia, dijo mil cosas lisongeras á Catalina, á las que ésta respondió con mucha discrecion.

Como les hes permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion, mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y le suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias: y tomando un laud bien templado, tocó sonatas tiernas y cantó de un modo tan espresivo, que el príncipe se echó á sus piés enagenado de amor y de placer. Pero dejemos á un lado esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia sepultado el heredero de la monarquía, hizo que las horas le pareciesen momentos, y queuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa cuando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le condujeron prontamente á palacio y le dejaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haber-

le unido con una aventurera, como si le hubiesen casado con una princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al duque de Lerma, porque todo lo queria saber, y al concluir mi narracion llegó el conde de Lémos, y nos dijo:—El príncipe de España está tan prendado de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia, y no aficionarse á otra: quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Ha acudido á mí y me ha dicho:—Mi amado Lémos, es preciso me busques al momento esta cantidad. Sé que te incomodo, que apuro tu bolsillo, y por tanto mi corazon te está muy agradecido: y si en algun tiempo me hallo en estado de serte reconocido de otro modo que por el agradecimiento á todo lo que has hecho por mí, no te arrepentirás de haberme servido. Yo le respondí, separándome de él inmediatamente:—Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea.—No es difícil satisfacerle, dijo entonces el duque á su sobrino. Santillana va á traer ese dinero, ó si quereis, él mismo comprará las joyas, porque es muy inteligente en pedrerías, y sobre todo en rubíes: ¿no es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire taimado.—¿Qué malicioso sois, señor, le respondí; veo que V. E. quiere hacer reir á costamia al señor conde; y así sucedió. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello?—Ninguno, replicó el tio riéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no redundó ni en honor ni en provecho suyo.

Hubiera salido bien librado si el ministro no hubiera dicho mas; pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada de caballeros, y se estendió particularmente en las circunstancias que yo mas sentia. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al conde de Lémos, quien me llevó á casa de un joyero en donde escogimos las joyas que fuimos á enseñar al príncipe de España, las cuales se me confiaron para que se las entregase á Catalina, y despues fui á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del duque para ir las á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente me recibieron con agrado las señoras cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes para la tia, y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Enagenadas una y otra con estas demostraciones de amor y generosidad del príncipe, empezaron á charlar como dos cotorras, y á darme gracias porque les habia agenciado tan buen conocimiento, y con el exceso de su alegría dieron á entender lo que eran. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado una bribona al hijo de nuestro gran monarca. Para averiguar con certeza si yo habia sido autor de tan buena obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Escipion.

